

nosotros. ¡Cuándo imitaremos esta costumbre de las grandes ciudades, no solamente de Europa sino de los Estados- Unidos! Al paseo va la gente á exhibirse ó á respirar el aire libre. ¿Por qué ir las familias enjauladas, asomando apenas la cabeza detrás de los cristales de los coches? Esto ni es higiénico, ni de buen tono, y es además de pésimo gusto.

Entremos en la Villa Borghèse. Saliendo por la puerta del Popolo, á la derecha veremos un gran enverjado de fierro, cuyas puertas se abren por la tarde á hora conveniente. Avanzando por una hermosísima calzada, llegaremos á un gran pórtico de muy extraña forma, de orden jónico, imitando los más bellos *propyleos* de la antigua Grecia y del Asia Menor. Sentados en una de las bancas que tiene en su interior, nos detendremos un rato para ver desfilan los millares de coches que por allí deben hacer forzoso paso. A la media hora habremos hecho conocimiento con la mayor parte de las familias notables de Roma, con los altos funcionarios, con los extranjeros residentes en la ciudad y con infinitas personas de las clases acomodadas. Acompañados de un compatriota, nos hallábamnos un domingo por la tarde en aquel sitio. Daremos cuenta al lector de lo que vimos y de lo que hablamos.

Una interminable hilera de carruajes lujosísimos atravesaba los arcos del portal, caminando al paso de los caballos, porque no era posible otra cosa, siendo tantos los coches y no permitiendo la anchura de los mismos arcos el desfile de otra manera. La mayor parte eran landós; de cuando en cuando aparecían elegantes carrozas ostentando escudos de armas de antigua nobleza; no eran pocos aquellos en que los cocheros llevaban bordadas en las libreas coronas ducales; pertenecían á familias de príncipes. Italia es una de las monarquías en que más abundan los príncipes. Hallábase tan subdividida la soberanía, antes de realizarse la unidad italiana, que por donde quiera se tropieza con personas de real estirpe procedentes de las antiguas familias reinantes. Además, los Samos Pontífices eran soberanos y las familias suyas recibían títulos y blasones que han seguido conservando como legítimamente adquiridos. Muchas de estas familias viven

todavía en la opulencia y guardan el decoro que á su elevada alcurnia corresponde, y en el paseo de la Villa Borghèse ostentan en sus trenes el brillo y la magnificencia con que viven en sus soberbios palacios.

Entre los coches que desfilaban, veíamos blasones de nobilísimas casas, y en el personal de las damas y de los caballeros, esos razgos característicos de ilustres descendencias. Cuando un artista quiera representar dignamente la nobleza de la sangre, deberá estudiar esos interesantes tipos de la aristocracia de Roma. ¡Qué majestad en el continente! ¡cuánta dignidad en el porte! ¡qué decoro en el vestir! Y en medio de estos caracteres de verdadera distinción, obsérvase cierta naturalidad y sencillez en los modales, en los movimientos, en las actitudes, que dista mucho de esa afectación, de que acostumbran revestirse las falsas aristocracias, principalmente las del poder y las del dinero en nuestras repúblicas y aun en muchas monarquías á la moderna.

Al estar comunicándonos estas observaciones nuestro compañero y nosotros, vimos aparecer un *faeton* tirado por dos arrogantes yeguas negras frisonas. Un hombre de color moreno, de facciones no muy correctas, de cabello gris ligeramente encrespado y bastante corto, de largos mostachos negros todavía; vestido con levita cruzada, y cubierta la cabeza con sombrero de seda de alta copa, iba sentado en el asiento del cochero conduciendo los caballos; á su izquierda un caballero rubio, de hermosa presencia, vestido con un rico y elegante uniforme deslumbraba con el brillo de los bordados de oro y la pedrería de las cruces que adornaban su pecho. Muchas personas de las que se hallaban sentadas en las bancas se levantaron y descubriéndose las cabezas hicieron un saludo respetuoso á la pareja del *faeton*.

—¡El rey! Habían dicho algunas al descubrir el carruaje.

—¿Es uniforme de general italiano el que trae su Majestad? Preguntamos á un individuo que se hallaba cerca de nosotros.

—El rey no va de uniforme, nos respondió aquel ciudadano; es el caballero vestido de paisano que va conduciendo los caballos; el que lleva uniforme es un personaje de la corte.

—Con razón, dijimos á nuestro compañero, en nuestro país se dice que el hábito no hace al monje. Por lo demás, en estas monarquías democráticas, no debería esperarse que los reyes se distinguiesen de los otros ciudadanos por el traje. Va muy de acuerdo con las ideas de igualdad aquí dominantes, que el soberano se presente así en público, sin aparato de majestad y sin nada que le distinga de los demás hombres.

Pocos minutos habían pasado, cuando descubrimos una elegante carroza de ocho muelles, tirada por dos magníficos prisioneros; en ella venía una hermosa dama, ricamente vestida. Dos cocheros y dos lacayos con lujosísimas libreas de rojo y oro venían sentados en el pescante y en el asiento de atrás, respectivamente. Seguía á este carruaje un landó abierto, dentro del cual venían cuatro señoras vestidas con suma elegancia.

—¡La reina! Exclamó entusiasmado nuestro amigo levantándose de su asiento antes de que lo ejecutaran otras personas.

Nosotros hicimos igual movimiento y la carroza de la reina pasó á distancia de un metro. Al descubrirnos la cabeza hicimos una inclinación de respeto, y la soberana con un aire mezclado de majestad y de afable cortesía correspondió nuestro saludo inclinando dulcemente la cabeza, y haciendo asomar á sus labios una deliciosa sonrisa.

—¡Qué mujer tan hermosa! Exclamó nuestro amigo. ¡Cuánta nobleza y majestad revela su interesante presencia! A esta dama no se la podía confundir con ninguna de las más bellas de su corte.

Y tenía razón nuestro compañero. La reina Margarita, es uno de los más hermosos tipos de soberana que hay en el mundo. Es la personificación de la gracia y de la belleza, á la vez que de la dignidad real. Es blanca, rubia, grandes ojos de una expresión indefinible; nariz casi aguileña; boca hermosísima ligeramente entreabierta, formada con labios de carmín de una corrección admirable. La perfección escultórica de su cuerpo se revela en los contornos del busto, medio oculto entre los encajes que adornaban un escote cir-

cunscrito á los justos límites de la honestidad. La reina debe ser alta en su estatura, á lo que puede juzgarse viéndola sentada. Es joven todavía; tendrá unos treinta y cinco años, y representa mucho menos: el brillo de sus ojos y la frescura de su cutis pertenecen á los primeros años de la juventud.

Cuando se hubo alejado el carruaje de la reina, nuestro compatriota nos dijo:

—Vamos, si á usted le parece, á recorrer el paseo: quiero volver á saludar á la reina.

—Con mucho gusto, le dijimos, y tomando su brazo, echamos á andar por la principal avenida.

Haremos una ligera descripción de aquel encantador sitio.

Siguiendo la dirección de la gran calzada que forman dos hileras de hermosísimos árboles de muy espeso follaje, plantados á las orillas de verdes praderas y floridos jardines, se pasa por debajo de un pórtico que figura haber pertenecido á un antiguo templo egipcio. Continuando nuestra marcha por la vía principal, dejamos á la izquierda varios edificios de caprichosa construcción, y á corta distancia vimos la entrada de un sendero en cuyo fondo se ve un lago que llaman de Esculapio, y tiene en el centro una isla en la cual se halla colocada la estatua de este dios del paganismo. Frente á dicho sendero ábrese otro en cuya extremidad se ve un pequeño templo consagrado á Diana, y cerca de este una capilla con su pórtico de muy hermoso estilo. Avanzando nuevamente por la gran calzada, encuéntrase á la derecha el hipódromo y después un pequeño palacio y en frente un castillo imitando los de la Edad media. Adelante, las ruinas de un templo antiguo que imita á la perfección los restos de las viejas construcciones de los romanos, y en la fachada de este templo se ven copiadas las antiguas inscripciones encontradas en la casa de campo de Herodes *Atticus*, cuyos originales fueron transportados á París. Cerca del templo, á la derecha, una bellísima fuente monumental adornada con cuatro caballos marinos, hace saltar gruesos chorros de agua cristalina. Pasando de esta fuente, en el fondo de una gran planicie alfombrada de verde yerba, pintorescamente

bordada con preciosos arbustos de muy exquisitas plantas y con árboles de frondosas copas, se alza un majestuoso palacio de muy elegante arquitectura, ostentando en su soberbia fachada un bello pórtico de muy buenas proporciones.

Este monumental edificio encerraba en principios del siglo actual dos ricas colecciones de antiguas esculturas, que durante una centuria habían reunido con laudable perseverancia los príncipes de la familia Borghèse. En la época de la dominación francesa, Napoleón quiso á cualquier precio trasladar á Francia ese magnífico tesoro, y fué arrancado á sus dueños mediante la indemnización de *catorce millones de francos*. Grandes y poderosos esfuerzos hizo el príncipe Camilo por rescatar sus preciosos mármoles: inútiles las negociaciones diplomáticas que para lograrlo fueron entabladas; el tesoro de antigüedades de la casa Borghèse quedóse enriqueciendo el museo del Louvre.

Perdida la esperanza de recobrar aquellas colecciones, el príncipe se consagró á formar otras nuevas, adquiriendo algunos preciosos originales que pudo proporcionarse, y merced á los descubrimientos que hizo en diversas escavaciones que mandó hacer en sus tierras, logró poblar de nuevo las salas de su palacio con muchos y magníficos ejemplares que, aumentados considerablemente por su sucesor el príncipe Francisco y por el actual jefe de la familia, han hecho olvidar á los Borghèse la pérdida de sus antiguas colecciones.

Hase prolongado ya más de lo que nos proponíamos este capítulo. El lector nos perdonará que no le demos razón circunstanciada de lo que contiene el palacio. Mucho tenemos que ver aún, y sería interminable tarea describir cuanto encierran todas las galerías y los museos de Roma. Nos falta, además, que visitar otro palacio que posee esta misma familia Borghèse, en la ciudad, y allí nos hemos de encontrar con una galería, de cuyos objetos principales no podemos dejar de dar noticia á nuestros lectores.

Salimos, pues, del palacio y de la villa, no sin dar gusto á nuestro amigo de que tornase á saludar á la simpática reina de Italia, como lo conseguimos sin esfuerzo al atravesar la real carroza, una de las bellas calzadas del parque.

CAPÍTULO DECIMOSÉTIMO.

Palacio Borghèse.—San Agustín.—Plaza Navona.—El Palacio *Madama* y el *Giustiniani*.—El Pantheon.—Plaza de la Minerva.—Santa María sobre Minerva.—Biblioteca Casanatense.—El Seminario.—La Iglesia Nueva.—Santa María de la Paz.

COMO dijimos en su lugar, de la plaza del Popolo parten las tres avenidas principales de la ciudad; el Corso en el centro, el Babuino á la izquierda y Ripetta á la derecha. Hemos recorrido la primera, visitando los más notables edificios de sus cercanías. De la segunda conocemos la plaza de España y las construcciones que en ella son dignas de una mención especial. Vamos ahora á emprender nuestra excursión por la tercera, y como sus calles adyacentes las hemos recorrido al ir caminando por la vía del Corso, seguiremos nuestra marcha sin interrumpirla hasta encontrarnos con uno de los más grandiosos edificios de propiedad particular, el palacio Borghèse, que ocupa él solo una gran manzana, y cuyo aspecto revela desde luego la opulencia y brillo de una de las familias más ricas y más ilustres de Roma.

Las dos fachadas exteriores son de una magnificencia rara, por la elevación del edificio, por el material de que aparecen construidas y por su ornamentación. Pero lo que sorprende por su grandiosidad y su belleza, es el patio principal á que da acceso la gran puerta que se halla situada en la calle de *Fontanella di Borghèse*. Entrando en el soberbio vestíbulo se descubre en el fondo del patio una suntuosísima fachada interior, formada de un bellissimo pórtico de tres arcos, cada